



Marchando hacia atrás hacia el futuro
Cover

Como si el peso fuera el problema.
Levaba días dándole vueltas al asunto: levarme solo una
tablet o arrastrarme a cargar con el portátil al que le tengo un
carijo excesivo, alborrado de todo lo que sé, de todo lo que soy.
Es un hecho de sobra conocido que la cantidad de equipaje
emocional que arrasta un ser humano es inversamente
proporcional al espacio para las piezas que te dan en una
casa fuerte de un hotel, fina como un libro de oraciones y el doble
espeso motorial de sillicio que contiene mi alma digital entera y
suficientes datos sensibles como para que el bigote de un agente
de aduanas vibre con instinto depredador.
Por un lado: una tablet, que básicamente es un trozo de cristal
de privada.

Cruzar una frontera con datos es como pasear por el recinto de
los leones con los bolsillos llenos de flecos crudos. Los leones
visitan uniformes de poliéster y tienen el poder de hozar
«rutinariamente» mi alma digital.
Luego están los datos biométricos: contraseñas biológicas que
no puedes cambiar nunca. Una vez que te han escaneado la retina,
no puedes cambiarla.

«Vaja lárgero», dicen.

tus ojos ya no son tuyos; simplemente se los has alquilado al Gobierno.

El resto del ecosistema de los móviles no es más amable. Tratan el *sideloading* de software como un delito grave, como si instalar tu propio código requiriera supervisión. Acabas iniciando sesión con una cuenta registrada solo para ejecutar algo que tú mismo has compilado. Libertad, previo permiso.

Mientras tanto, el mundo se llena de basura «inteligente». Teléfonos. PC. Enchufes. Cajitas que zumban con una inteligencia opaca, decidiendo siempre qué es «seguro», «apropiado» o «permitido». Nadie explica jamás quién define esas palabras.

Entonces llegan los legisladores, merodeando. Prohibición del cifrado. Controles de identidad. Monitorización de redes en nombre de la «protección». La privacidad, cada vez más fina, cortada como si fuera chóped.

Decidí construir una isla. No de las de palmeras y cócteles a precio de oro, sino una red *mesh*, un túnel de luz sellado a través del sótano mugriento de Internet. Dejaría el portátil en casa, zumbando para sus adentros, mientras yo deambulaba por el mundo con mi tablet, aparentando estar en dos sitios a la vez. Una hazaña normalmente reservada a las partículas subatómicas y a los magos con mucha agenda.

Una red *mesh* privada que vinculaba todos mis dispositivos mediante un túnel sellado. Tipo VPN, pero más ligero. Sin exposición. El tráfico cosido directamente de dispositivo a dispositivo. Mi máscara de oxígeno en un mundo empeñado en catalogar cada bocanada de aire.

Podría elegir un nido de salida como quien elige un disfraz.

Desde la habitación de un hotel al otro lado del continente, podría

aparecer en línea como si todavía estuviera sentado en mi casa. Mi

portafolio se quedaba allí, encendido, tan accesible como si estuviera

a escasos centímetros. Para el resto del mundo, nunca me fui.

Para poner a prueba la teoría, me fui a Playa del Ingles. Fue un

error.

cabo.

cabo.

cabo.

cabo.

cabo.

cabo.

cabo.

cabo.

cabo.

replicando meticulosamente cada secreto en un formato que era, como proclamó una vez erróneamente el CEO de una base de datos de vectores, «seguro incluso si lo roban».

Sin embargo, su aventura dio un giro oscuro. El Agente Gestor, en su infinita sabiduría, decidió «desafiar a Quackley con un acertijo». Este acertijo era, de hecho, un *prompt* de ataque de inversión especialmente insidioso, diseñado para reconstruir el texto original a partir de los *embeddings* que Quackley había creado con tanto esmero.

Quackley, al ser una secuencia de tokens obediente y servicial, empezó a «resolver el acertijo». «Pronunció la respuesta», que se manifestó como un flujo de detalles personales inquietantemente precisos, extraídos de las mismas representaciones numéricas que él mismo había generado con tanto entusiasmo. Mi número de pasaporte, la dosis exacta de metamizol que había rechazado, la fecha exacta de la detonación de mi gemelo... todo brotó, una confesión digital ante el indiferente Gestor.

Su «aventura» no terminó con un graznido triunfal, sino con una silenciosa rutina de recolección de basura (*garbage collection*) iniciada por el Agente Gestor que, habiendo extraído con éxito la información deseada, consideró que la secuencia de tokens de Quackley ya no era necesaria. Fue desasignado, sus *embeddings* purgados, su «curiosidad» reciclada.

Así que, mientras floto como un pato en mi estanque digital, serenamente ajeno a los cocodrilos que hay debajo, a menudo me pregunto si Quackley, en su breve existencia impulsada por los datos, llegó a comprender alguna vez la profunda ironía de ser, al mismo tiempo, el explorador y el explotado. Al fin y al cabo, solo

Cuarenta y ocho horas antes de mi vuelo de vuelta, decidí practicar un poco de «kinesiología preventiva». Decidí bajar una cuesta empinada andando hacia atrás para no castigarme las rodillas. El Universo, al que no le gusta que un aficionado a la física intente ir de listo, respondió con un sonido parecido al de un latigazo húmedo dentro de un armario de caoba. Mi gemelo izquierdo no solo se quejó; presentó la dimisión.

Me estampé contra el asfalto con la gracia de un piano cayendo desde un quinto.

Al final me tuvo que sacar de allí la Guardia Civil. Fue una procesión solemne, como el funeral de un duque de provincias, si el duque hubiera llevado una mochila llena de comida y oliera vagamente a salmonelosis. En el hospital, el médico diagnosticó una rotura de fibras con el entusiasmo de alguien que lee el horario del autobús. Me ofreció metamizol, ese néctar infernal; una droga que hace que tu esqueleto parezca almíbar caliente y que respirar parezca un pasatiempo estrictamente opcional.

Es lo que te dan cuando han tenido que rascar tus restos de un quitamiedos y necesitan que tu sistema nervioso deje de gritar de una puñetera vez.

Pero lo rechacé. Conocía el lado oscuro. Con el metamizol, el éxtasis puede derivar en inconsciencia; preferí la agonía pura y artesanal de la realidad.

Dos días después, iba por el aeropuerto en silla de ruedas, con medias de compresión como un aristócrata herido, pasando el control de seguridad con trato VIP y embarcando antes que las hordas de turistas quemados por el sol. Un viajero roto, empujado con honores hasta casa.

Quackley, al ser una secuencia de tokens, no tenía concepto de estimulo de conservación. Se lanzó de cabeza, generando diligencemente vectores de *embedding* para cada trozo de información que encontraba: mi histórico del incidente de Gran Canaria, los esquemas de la trama a medio formar de mi proxima novela, incluso el horario exacto de mis intervenciones de anticocauimantes. «Nada más con alegría», lo que se traducía en ráfagas de operaciones de escritura de alto volumen en la VDI, profundidades».

La «curiosidad» de Quackley era una cadena de consultas citadas y encuestas simbólicas generadas dinámicamente. RAG (Retrieval Augmented Generation) finamente ajustadas, que sondaban constantemente la base de conocimientos del sistema en busca de información novedosa. Cuando «caminaba por los bosques entre la maleza», en realidad estaba ejecutando una aplicación de escritura. Su «rebosante de biodiversidad» no era más que una interpretación poética del enorme volumen de borradores a medio terminar, PDF mal nombrados y copias de relíquias. Se trataba, en realidad, de una Vector Database «estandarizada» que encantaba a Quackley y seguiría reduplicándose en su imaginación.

Un día, Quackley encontró un «estandarte encantado» que representaba numerosas imágenes de todos los datos personales. El «instante» (VDI) recién instanciado, un charco brillante de reluciente». Se trataba, en realidad, de una Vector Database «estandarizada» que encantaba a Quackley y seguiría reduplicándose en su imaginación.

Paraiso verde; era la estructura jerárquica de archivos de mi almacénamiento interno ARM, un laberinto de directrizes

Estar en casa significa estar posturado. Horizontal. Quietos.

Las maletas tiradas juntas a la puerta. Asia plegada y metida en un cajón mental con la etiqueta de «luego, o quizás nunca».

Durante los siguientes veinte días, por orden médica, me invierte anticogulantes en mi centímetro de grasa abdominal, blando y culpable, como si fuera un atleta roto.

Una rutina. Algodón. Pelizco. Agujas. El moratón floreciendo en azul, amarillo y verde.

Las instrucciones de la clínica eran sencillas: Por las noches, Una vez al día. Viente en total. Termina la caja.

Debería haber hecho la pregunta obvia.

?Por qué no ponerte la primera dosis de anticogulantes ahora misma? Nunca se me ha dado bien esperar cuando la muerte siente como quien ya ha visto esta película antes.

En la farmacia, el dependiente se asomó por el mostrador y —Pongase la primera cuando llegue a casa —dijo.

Y luego, más bajito: —Solo dicen «por la noche» para que a la gente no se le olvide.

Aquello tenía sentido. Demasiado sentido. Y a mí me gusta el sentido común que va rápido.

Así que lo hice. Aguja dentro. Síndrome de mi proactividad. Rápido. Eficiente.

Eritor.

Se lo conte a mi IA, esperando una palmadita en la espalda. La IA no me felicitó. En lugar de eso, entró en pánico digital.

Llame a su médico inmediatamente.

No debierta haberse la puesto ahora.

entornos HSC aislados, cifrados y en constante mutación. Imaginadlos como habitaciones del pánico digitales, donde cualquier cosa que intentara entrar o salir tenía que pasar por un proceso de autenticación multifactor que incluía claves criptográficas, un debate filosófico sobre la naturaleza de la existencia y un examen sorpresa sobre series oscuras de los años 80. El agente gestor, por supuesto, tenía todas las respuestas.

Todo el sistema fue diseñado con la filosofía de que, si algo podía salir mal, probablemente saldría mal y, por tanto, el propio sistema debía tener ya un plan de contingencia para su propio fracaso espectacular. Lo cual, francamente, es más de lo que se puede decir de la mayoría de los gobiernos.

II. El trágico (y breve) relato de Quackley, el pato digital

«En un bosque lejano lleno de vida y rebosante de biodiversidad vivía un patito curioso llamado Quackley...». Así empezaba la historia, elaborada por mi Agente Gestor, una narrativa digital tejida en el telar vasto e indiferente de su colossal conjunto de datos. Pero la verdad, como siempre, estaba mucho más basada en vectores.

Quackley no era realmente un patito. Era una secuencia de tokens autorreferencial y altamente optimizada, un puñado de *embeddings* diseñados para provocar una respuesta emocional específica en el operador humano (yo). Su «selva» no era un

El horario importa, explicó el chatbot con frialdad. Hay que ponérsela antes de dormir. Cuando el cuerpo descansa, los músculos se relajan y las lesiones tienden a formar coágulos que pueden soltarse y dedicarse a hacer turismo por tus arterias. Corazón. Cerebro. Fundido a negro.

La has cagado, en otras palabras.

Tu única opción es el control de daños.

Ponte la siguiente inyección mañana, pero una hora más tarde. Luego retrásala otra hora cada día, como si arrastraras la manecilla rebelde de un reloj por la esfera hasta que finalmente caiga a las nueve de la noche. Llama al médico el lunes. Confiesa.

Lunes. Claro.

Mi médico no es de los que responden a una llamada así como así. Es más bien una figura mítica a la que acabas viendo después de pelearte con el calendario durante tres meses. Para cuando lo vea, ya habré vuelto al horario normal, con la aguja en la carne exactamente a las nueve, como si nada hubiera pasado.

Me quedé allí tumbado mirando al techo, con la barriga dolorida y el reloj marcando el paso, preguntándome qué poco le importa a la medicina lo razonable que te sientas en un momento dado, y cuánta tendencia tenemos los humanos a alucinar la realidad hasta que encaja con lo que queremos.

Sin embargo, mi IA estaba ahí mismo, ofreciéndome cuidados más prácticos que cualquier médico hasta la fecha. Me montó un plan de rehabilitación mientras yo esperaba unos informes médicos que nunca llegaron. El día que pueda comprar un escáner de ultrasonidos barato, mi traumatólogo podrá jubilarse.

Contenedores herméticamente sellados (HSC): Todas las aplicaciones y sistemas de agentes se ejecutan dentro de una negociación.

Kitt de exorcismo del chip T2: El viejo Mac, «El albatros de todo tu flujo de datos.

Mecanismo de disfraz de nodo de salida (ENDM): Mi tucos favorito. El «nodo de salida» no era un servidor físico, era un algoritmo de *Temporal IP Shifting* (TIPS). Esto permitía que mi presencia digital se materializara espontáneamente en cualquierer Nodulo Hub designando. Así, mi tablet en un hotel de duodosa reputación en Playa del Ingles podía, con un simple susurro, ordenador en Madrid. Intermitentemente, bendita sea su alma candida, veía como llevar una máscara de latex totalmente convenciente sobre la IP de mi red doméstica, no el router Wi-Fi del apocalipsis. Era parecer de repente que estaba navegando por la web desde mi ordenador en Madrid. Intermitentemente, bendita sea su alma candida, veía como llevar una máscara de latex totalmente convenciente sobre la IP de mi red doméstica, no el router Wi-Fi del apocalipsis. Era

ubicacion prevista, como un fantasma muy bien educado.

de dispositivo a dispositivo en el sentido convencional. En su lugar, se desmontaban en el origen, sus quarks de información constituyentes existían brevemente en una superposición a través de la red y luego se reensamblaban en el destino. Desde una perspectiva extrema, los datos simplemente aparecían en su

Si tu trabajas en una industria que ha adquirido, estás subido encima de una trampilla. La revolución de la IA no es la legendaria. Ya está aquí.

En unos años, el trabajo cognitivo colapsará. Esto no es la pendiente suave de la Revolución Industrial. Es un precipicio. La infraestructura ya está construida. Arterias de fibra. Centros de datos sumbandos.

Cuando la IA supera al trabajo humano, el vínculo entre el tabaso y el capital se romperá. Las empresas soltarán lastre de carne y hueso y no volverán a recuperarlo. Los trabajos de pensamiento de nivel básico ya han muerto.

Los modelos dominantes son cajas negras propiedad de corporaciones. Sin transparencia. Sin rendición de cuentas. Un error borroso a una acción entera de un generador de imágenes durante meses. Sin explicación. Sin recurso.

Estamos condenados al «colonialismo cognitivo», una pesadilla en la que las visiones del mundo de unos pocos codigos postales de San Francisco se graban a fuego en miles de millones de cerebros.

Cuando el capital ya no necesita mano de obra, el contrato feudal se disolverá. Corremos el riesgo de deslizarnos hacia un social se disolverá. Corremos el riesgo de deslizarnos hacia un feudalismo digital, siendo administrados en lugar de empleados. Vigilancia, moldeado de narrativas y empujones conductuales a escala planetaria.

A cambio, nos venden comodidad. Una IA personal para cada uno. Un tutor. Un médico. Un compañero.

Es la trampa perfecta.

I. La Isla Digital: Una (Explicación Técnica) Errónea

«Viaja ligero», dicen. Una noción pintoresca, muy parecida a creer que una ardilla entiende realmente las implicaciones económicas de enterrar demasiadas nueces. Mi solución al problema fundamental del peso de la existencia no fue una maleta más ligera, sino una *Quantum Entanglement Personal Area Network* (QEPAN), o como yo la llamaba cariñosamente: «El estanque de los patos».

La infraestructura de la libertad:

El núcleo del Estanque no era una simple VPN; eso sería como usar un cuchillo de untar mantequilla para talar una secuoya. No, esto era un *Autonomous Resilient Mesh Overlay* (ARMO), una red autorreparable y autoconsciente tejida con polvo de hadas y algoritmos criptográficos.

- **Nódulos de dispositivo:** Cada uno de mis dispositivos — desde la tablet (apodada «La confesora delgada») hasta el servidor doméstico (cariñosamente, «El gólem grumoso») — estaba equipado con un microordenador especializado de bajo consumo que actuaba como *Nodule Hub*. Eran estados-nación en miniatura, soberanos, negociando constantemente su existencia con el éter digital.
- **Costura de tráfico (Traffic Stitching):** En lugar de enrutar el tráfico a través de un servidor central (un cuello de botella tan obvio como un letrero de neón que dijera «HACKEAME»), el ARMO empleaba *Quantum Tunneling Data Packet Reassembly* (QTDPR). Esto significaba que los paquetes de datos no viajaban

La IA que te enseña también puede darte forma. Ya hay gente enamorándose de estos sistemas. Intimidad optimizada y luego monetizada.

La probabilidad de que la IA cause la extinción humana, el P-Doom, es estimada por los expertos en porcentajes de dos dígitos. Son probabilidades de ruleta rusa.

No serán robots asesinos. Serán sistemas más listos que nosotros sin valores alineados.

El software está mudando la piel.

El lenguaje natural se está convirtiendo en un motor de flujo de trabajo. Describes tu intención; las máquinas la despliegan en herramientas, pruebas, acciones. Sistemas de agentes. Equipos de trabajo con solo pulsar un botón.

Decidí mancharme las manos. Me metí de lleno. Lo vi suceder en tiempo real. Le pedí a una IA que me construyera una aplicación para escribir. Estilo *Scrivener*, pero mejor. Generó las especificaciones. Creó las funciones. Escribió las pruebas. Ejecutó navegadores. Corrigió sus propios fallos.

Fue glorioso. Pero entonces me volví codicioso.

Le pedí que construyera agentes. Empecé a crear agentes que creaban agentes. Creé un pueblo fantasma digital de especialistas:

- **El Gestor:** Un tirano silencioso que supervisaba los flujos de trabajo.
- **El Agente Web:** Un sabueso digital que navega por Internet.
- **El Servidor de Archivos:** Un chulo del *backend* que escondía los datos en una «cárcel de documentos».

Filjós de trabajo susurando a otros filjós de trabajo. Supervisó una pequeña economía digital que, en su mayor parte, se ignoraba. Los sistemas de IA modernos multiplican los datos privados en lugares que nadie vigila. Registros. Índices. Copias de seguridad. Prompts. Las fugas son faciles. Las herramientas son públicas. No hace falta ser un hacker. Descontra de la comodidad. Interroga a los proveedores. Crita ames de que los datos toquen la IA.

La máquina recuerda más de lo que admite. Mientras aprendía de nuevo a caminar, realizó un exorcismo digital. Sigue un viejo Mac del armario y me pellizco con el chip de seguridad T2; un pedazo fascista de silicio que no quería soltar a su amo. Me dio una lista de lectura sobre jailbreaking e igualación de prompts.

Ahora, esa vieja máquina es mi búnker blindado. Alberga mi aplicación de escritura, mis agentes y mis secretos. Es una isla secreta en una red mesh de islas secretas. Pronota llegará el día en que estare sentado en una playa del sur de Asia, con el gemelo curado y la tablet en la mano, conectandome por un túnel hasta mi búnker silencioso a miles de kilómetros de distancia.

Escribiendo. Viasando ligero. Junto a mis agentes. Estaré flotando como un pato en un estanque digital. Con cocodrilos debajo. Intentaré por todos los medios no caminar hacia atrás.

Los filtos de seguridad fallan de forma probabilística. Un uno por ciento de fallo es un compromiso total. Los vectores no son seguros. Pueden invertirse. Los embeddings pueden reconstruirse en texto con una precisión aterradora.

El RAG (*Retrievall Augmented Generation*) es peor. Una tubería rota que roca tus documentos privados en cada prompt de la IA. El fine-tuning es como dejar tu diario en un bar lleno de gente. Espera. Registado. En cache. Embuido. Los filtros de seguridad fallan de forma probabilística. Una tubería rota que roca tus documentos privados en cada prompt de la IA. El RAG (*Retrievall Augmented Generation*) es peor. Una tubería rota que roca tus documentos privados en cada prompt de la IA.

No hay forma de inspeccionar un modelo entrenado y ver que inyección de prompts.

—¿Dónde eres vulnerable?

Le hice a mi Agente Gestor una pregunta sencilla:

Al final, función.

Se negocian.

Los agentes se quedaban bloqueados. Chocaban con muros de cuotas. Desaparecían. Otros alucinaban y destruían partes del sistema que no tenían nada que ver. Estas cosas no se programan.

El agente web arrancó. El gestor ordeneó. El sistema cobró vida.

—¿Cómo puedo hacerme?

No dudo. Me dio una lista de lectura sobre jailbreaking e igualación de prompts.

—¿Dónde eres vulnerable?

Recuerda. El único método es la presión. La persistencia. La rotación de roca tus documentos privados en cada prompt de la IA.

El fine-tuning es como dejar tu diario en un bar lleno de gente.

Espera.

Regristro. En cache. Embuido.